

Ahmed Shahabuddin en CAI Luzán

Ahmed Shahabuddin está en su plenitud artística, a sus cincuenta y ocho años. Ha expuesto su obra desde 1973 por todo el mundo, siendo uno de los artistas más consagrados de estos momentos. Y todos los aragoneses tenemos el privilegio de poder disfrutar por primera vez una retrospectiva completa de este genio de la pintura.

Instalado en París, su centro neurálgico, no olvida sus raíces –estuvo muy involucrado en la lucha de liberación de su país Bangladesh, siendo un héroe nacional por ser uno de los pocos supervivientes, y además su hermana ha sido elegida la primera ministra de su país – pero no se anquilosa en el pasado o en sus influencias –como la mayoría de los pintores de su generación y en concreto de Bangladesh, bebieron de los expresionistas abstractos americanos-. Y para inspirarse pasa unas cortas, pero intensas y prolíficas, temporadas al calor y a la luz de las playas alicantinas, posiblemente de donde adquiere esa luminosidad tan poderosa que impregna todos sus cuadros.

La factura de sus cuadros es excepcional, sus pinceladas impresionistas, puros brochazos – las realiza *alla prima* y sin boceto alguno- que nos demuestra su gran habilidad con el pincel alcanzando las más altas cotas del expresionismo. Sus figuras representan puro movimiento, casi llegando a la abstracción, recordándonos a Goya en esas manchas místicas y mágicas que crean figuras reales de la *Regina Martyrum* o los frescos de su época negra en La Quinta del Sordo. Pero aunque no son tan dramáticas y oscuras con las del genio de Fuendetodos, sus composiciones rítmicas y musicales con figuras luchando al límite y con una fuerza inusitada, ante

las adversidades y obstáculos. Pero convence al espectador que el personaje va a superar el trámite, porque ante todo este artista es optimista.

La idiosincrasia y estilo de este pintor es único, por mucho que queramos adherirle a algún grupo o vanguardia anterior, como decía H. Rosenberg sobre sus coetáneos "...lo que sucedía en el lienzo ya no era un cuadro, sino un acontecimiento."

Y lo que acontece es cuerpos robustos, hercúleos y atléticos, carnosos pero fibrosos, pura fuerza vital, escorzos imposibles pero creíbles, potencia y dinamismo, contrastes lumínicos, retratos psicológicos de carne y hueso (actualmente con el único parangón del artista británico Lucian Freud)...Todo nos hace vislumbrar formas en tercera dimensión, relieves escultóricos pintados con una maestría innata. Caras totalmente difuminadas, manchas que adornan extremidades potentes, llenas de vida y pasión, como en los cuadros titulados Attaque, Energy, Accelerating, Le Combat o Jump. Atletas desarrollando la acción de sus movimientos en carrera y en salto, saliendo de tacos en una carrera explosiva de velocidad, luchando con fuerzas antagónicas, de choque de trenes. Como si nos mostrara las secuencias de esos fotomontajes daguerrotipos de las primeras cámaras cinematográficas.

También encontramos lienzos que transmiten tranquilidad, calma, misticismo y espiritualidad, como los retratos dedicados a Ghandi, Santa Teresa de Calcuta, el Fundador de Bangla Desh o esas mujeres mostradas de espaldas en paisajes vacíos (Decir, Attente, Bathing), etéreos, que nos llevan a fijar la atención exclusivamente a la figura, enfatizando así sus formas.

Waiting, es un cuadro especial, ya que es el eclecticismo de todo lo contado hasta ahora, donde una procesión, concentrada en una esquina del cuadro -dejando más de dos tercios del lienzo en un vacío existencial colorista-, está inhumando al

fallecido, que su alma sube como una estrella fugaz, verticalmente hacia el cielo (otra versión paralela podría ser una tormenta, que ilumina un paraje desértico).

Aparecen animales, algunos siendo metamorfosis del hombre transformándose en caballos desbocados, salvajes, incontrolables. Dos Toros poderosos lidiados por toreros que desaparecen pero están muy presentes –paradójicamente este animal es muy sagrado en su cultura, posiblemente esa atracción ante el espectáculo taurino la adquirirá de los maestros españoles (Goya, Picasso,...)-. También dos pájaros suspendidos en el aire, simbolizando esa libertad que tanto ansía el artista.

El tamaño no importa, los lienzos de menor formato son igual de relevantes y expresivos que los más grandes. Energy, de pequeña dimensión pero el más grande de la sala, un choque en el aire de dos figuras masculinas, con varios brazos y piernas, realizando aspavientos abstractos que hacen volar a esas figuras que eclosionan con máxima energía.

Hay dos cuadros de una etapa más temprana y mucho más oscura en las tonalidades, con colores veis, ocres y negros que dan mayor dramatismo a las composiciones. Dog, un perro atacando a un hombre y, el otro sin título, un hombre observando a una mujer desde la ventana, con reminiscencias de trabajos de Francis Bacon. Precisamente, en esos años, inicios de los 80, vislumbró en la Galería Bernard de París (una de las más importantes mundialmente en esos momentos) una exposición del artista irlandés que le marcaría para siempre, donde respetuosamente le dio la mano al artista como muestra de admiración.

No es de extrañar que en 1992 fuese considerado como uno de los “50 Master Painters of Contemporary Art” (donde compartió exposición colectiva con Francis Bacon, que al pasar por detrás de Shahabuddin, que estaba colgando su cuadro, el maestro dijo: That’s very good, cerrándose así el círculo

artístico –a los pocos meses Bacon murió en Madrid–) y que tenga piezas en muchos museos y galerías internacionales como en Suiza, Francia, India, EE.UU, etc.

La muestra tiene una homogeneidad increíble aportándonos una soberbia clase magistral de técnica, composición e historia del arte. Consigue con una simpleza de recursos enfatizar su figurativismo, siendo muy eficaz y con un efectismo muy sugerente.

Los dioses y héroes cobran vida de la mano de Shahabuddin, y la sala de la Luzán de la CAI está repleta de ellos, se ha convertido en un templo pagano de arte contemporáneo, donde todos nos sentimos más libres.

El paisaje a toda velocidad.

Hace 40 años, cuando era más joven e indocumentado, Fernando Alvira Banzo expuso en el Instituto de Estudios Oscenses, y ahora, dueño de un paisaje particular y de un estudio con vistas, ha decidido recordar aquella fecha y mirarse en el espejo del tiempo. En todos estos años, Fernando Alvira ha crecido como artista, como estudiioso, como agente cultural, y le ha dado unas cuantas vueltas a la vida y al arte. Desde hace unos años, su existencia tiene algo de sín vivir: con el coche y con sus cargos y sus responsabilidades va de aquí para allá de manera incansable. Recorre la autovía Huesca-Zaragoza y viceversa, y se dirige desde Huesca hacia Barbastro, y regresa, y lo hace una y cien veces, con todas las luces de las horas, con el cambiante esplendor de las estaciones. Fernando Alvira Banzo ha sido pintor del natural, ha salido a la naturaleza sobria y exuberante con Grau Santos y con muchos

amigos, ha conversado en el jardín japonés y perfumado de José Beulas y María Serrate, y con auténtico afán ha analizado la obra de creadores próximos como León Abadías, Félix Lafuente, Martín Coronas, Carderera o Ramón Acín, por citar algunos de los creadores que le han marcado su trayectoria. De ellos extirpa una corriente de afectividad, un vínculo especial con el territorio de origen y una forma de entender la pintura. Busca sus obras olvidadas con un afán detectivesco, quizá porque anhela la luz definitiva, los matices del delirio, la esencia de la creación hecha materia y forma y aureola de oro viejo. En ese laberinto de influjos y huellas, Fernando Alvira nunca ha olvidado sus años en Barcelona, su admiración por Joaquín Mir, por Anglada Camarasa, por Ramón Casas, por Grau Sala o la misma Ángeles Santos. Ellos le han contaminado, si puede decirse así, de sutileza, de meditación, de hondura: el paisaje está ahí, totalizador y mudo, y pide un modo de mirar, un cromatismo leve o intenso, una pulsión de pintor. Por vocación, por discernimiento, por afán y por quimera irreductible e íntima, Fernando Alvira Banzo es un pintor absoluto y un enfermo de pintura, el perseguidor de antílopes y pájaros en el movimiento del paisaje. El perseguidor de gestos en la espesura.

Desde hace más de un lustro, tras haber hecho jardines y parques y haber capturado, con ese estilo naturalista y fluido, un sinfín de edificios que singulariza entre las cosas del campo, Fernando Alvira decidió sacarle partido a ese tiempo que invertía en el coche. Se dio cuenta de que a cualquier hora, al alba, de mediodía, cuando se desmadeja el crepúsculo o cuando llega la noche, veía un instante único de paisaje. Una instantánea, un relámpago de claridad, un fogonazo de tramas en el vientre del mundo, una auténtica carta de colores: en el centro de la naturaleza se extendía la línea del horizonte, que señalaba ese diálogo entre el cielo y la tierra, entre la fronda y las aves, ese diálogo de los colores asombrados. Fernando no lleva cámara de fotos. O si la lleva, no detiene el coche para disparar: mira, atrapa la imagen, la retiene, deja que fluya en el torbellino de su

conciencia, que sedimente, que se alimente de imaginación y de recuerdos de luz inventados, y en cuanto llega al taller esboza lo que vio, consuma lo que recuerda, ordena y fija el cuadro de su memoria. Éste, en esencia, es el método. Podríamos decir que Fernando Alvira pinta destellos, intuiciones y fuegos, la caliente calma del paisaje, la grama y la araña del sol, la destilación de las sangres del poniente y sus desmayos.

Esto es la serie ‘Paisajes viajados’, que también podría ser ‘Pintura en tránsito’ o el ‘Diario de un pintor a toda velocidad’, una ambiciosa colección de cuadros apaisados de distintos formatos: cuadros pequeños, en papel, que se ordenarán en una especie de mosaico o gran tapiz de sugerencias, de manchas, de intuiciones y temblores. Cuadros de tamaño intermedio, siempre horizontales, en los que Fernando insiste en algo definitivo: el paisaje, como las aguas del río de Heráclito, siempre es distinto. Es el mismo y es otro: posee otros matices, otras criaturas invisibles, otras temperaturas, un corcel invisible imprime sus huellas y su hechizo, y siembra un huracán de misterio. También hay otros paisajes más grandes: el puro derroche de la mancha, la travesía del pincel, la odisea horizontal de un paseo inacabable. Estos ‘Paisajes viajados’ proponen un doble viaje: uno exterior, inmenso, la aventura de pintar y de ensuciarse las manos que fabrican pigmentos y texturas, y un viaje interior, abstracto, que nace del encuentro con uno mismo, del abandono, de la concentración, del silencio del estudio. Fernando Alvira huye por el paisaje para encontrarse en una encrucijada o en un desvío hacia el paraíso. Alterna los cuadros en solitario, exentos, con otros que dialogan entre sí, los dípticos, los trípticos. Y así, como un topógrafo, alza una nueva orografía de la luz, regala collados y campiñas, deslía atardeceres en lontananza, y, en otro alarde de ingenio y de artesanía del alma, lo encajona en pequeñas cajas de pasteles como quien ofrece un tesoro para siempre. El paisaje, como el hombre que pinta, es múltiple y está hecho de fragmentos, de escondrijos, de protuberancias, de casas y

castillos, de puestas de sol y de surcos olvidados. Para Fernando Alvira Banzo la pintura es sobre todo color: armonía, música, estructura, delectación, urgencia, todo eso, sí, pero es ante todo color, explosión de ocres, verdes, azules, rojos, blancos. De ahí, que sus cuadros, como tantas veces le ha recomendado José Beulas, estén equilibrados de punta a punta, de arriba abajo y a lo largo y a lo ancho. Entonados desde que nacen, entonados hasta la última superficie de la tela. Entonados. Todo ha sido pintado y repintado, dibujado y desdibujado, matizado e impreso de nuevo dentro de esa estructura sencilla pero eficaz: la raya que pauta el horizonte, la calzada que se encamina hacia el infinito. Esta muestra es una afirmación, una confesión y un homenaje: en cada cuadro se oye la melodía del cierzo y del trigal, se escucha la radio, se percibe la amorosa manera de mirar y de quedarse estupefacto en el centro de una loma. Extramuros del cuadro, como San Sebastián, asaeteado en el centro del pecho y muy cerca del corazón, Fernando Alvira recibe y devuelve las vibraciones de color del paisaje.

Lee Miller (1907-1977) El tránsito entre las dos caras del espejo

LEE MILLER (1907-1977).